

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 396

Alicante 6 de Julio de 1878.

Año IX.

EXEQUIAS

POR

S. M. LA REINA D.^a MERCEDES.

El jueves último, 4 del corriente, se verificaron en nuestra Colegiata los solemnes actos religiosos que, en memoria de la Reina D.^a Mercedes (q. e. p. d.) y en sufragio por su alma, tenia dispuestos el Gobernador de la provincia con la Diputación de la misma y Ayuntamiento de esta ciudad. La grandeza y suntuosidad del acto religioso creemos que correspondió á la altura del objeto y á los sentimientos religiosos de este hidalgo pueblo.

Elevábase en medio del grandioso templo, y como desafiando sus bellas y gigantescas formas, un soberbio catafalco de cinco cuerpos, vestido de terciopelo inglés negro con galones y filetes de oro. Los costados ostentaban escudos de armas de España, de la familia de la régia difunta y de esta ciudad, coronando el remate una urna funeraria sobre la que descansaba una magnífica corona real. Multitud inmensa de cirios ardian en su alrededor, y en los cuatro ángulos daban la guardia de

honor individuos de las fuerzas que guarnecen la plaza.

Nuestro excelentísimo é ilustrísimo Prelado diocesano, respondiendo gustosamente á la invitación de la autoridad provincial y corporaciones antes citadas, celebró la misa de pontifical, en la que, como en los responsos cantados al fin de ella, lució una numerosa y brillante orquesta. Las tropas de la guarnición, formadas en la calle de San Nicolás inmediata al templo, hicieron las descargas de ordenanza durante la misa.

Concluida ésta, pronunció la oración fúnebre el respetable Sr. Abad de nuestra Colegiata, quien en esta ocasión, como de costumbre en tan distinguido orador sagrado, estuvo á la altura del asunto y de su bien merecida reputación. Con aquella propiedad de lenguaje y galanura de estilo que le son peculiares, nos pintó la extensión de los tesoros de ternura que encerraba el alma virginal de Doña Mercedes, los virtuosos sentimientos de su corazón, la afabilidad y modestia que constituían su carácter, su inagotable caridad para con los pobres, las inapreciables cualidades, en fin, del ángel que el cie-

lo habia colocado en el trono de España para aumentar sus fulgores y convertirlo en fuente inagotable de beneficios para el pueblo.

La princesa que en Enero subió hasta tan elevada y distinguida eminencia, ha descendido al sepulcro. ¡Pobre Señora, ó mejor dicho, pobre niña! Pero no la compadezcamos; envidiémosla. ¡Qué mayor dicha que morir sin dejar un enemigo, entre los brazos de los suyos, con los consuelos de la religion y la esperanza puesta en el cielo, cuando todavía no se ha alcanzado la edad de los desengaños y de las amarguras, de que nadie, por alto que se encuentre, se libra en este mundo, desgarrado por los odios de los hombres y las violencias de las contrariedades que surgen á cada paso!

¿Como hemos de seguir al orador en los rápidos vuelos de su aún lozana imaginacion y en las bellas pinturas de su elocuente palabra? ¡Lástima grande que su voz, hartó apagada por los trabajos evangélicos durante muchos años y por padecimientos físicos, no pudiese llevar á los oídos de todos los circunstantes tantos y tan bellos pensamientos como expresó! Terminaremos con el último que recordamos. ¡Descanse en paz la nieta de cien reyes! Roguemos por ella, por la Real familia y por el bienestar de la nacion.

La concurrencia á esta funcion religiosa fué extraordinaria. Además del Cabildo colegial, curas y cleros que asistieron por completo á la funcion, todas las autoridades, corpo-

raciones, clases y empleados, así civiles como militares, ocuparon los puestos que tenian señalados al efecto.

Así ha cumplido esta ciudad un deber sagrado para con la que por tan breve tiempo ha compartido el sólio Real, dejando imperecedera memoria de sus virtudes.

LA ENVIDIA.

Entre los vicios de que está plagada la raquitica y miserable naturaleza humana, descuella á juicio nuestro entre todos por más hediondo, más vil y más abyecto, el vicio, el pecado de la envidia.

La Iglesia también debe considerarlo así, puesto que al hacer enumeracion de los siete más capitales, le pone por antitesis la caridad, es decir, la más sublime de las virtudes cristianas, ó como si dijéramos, el complemento de todas las virtudes.

La moral cristiana, y pudiéramos habernos escusado del calificativo, en razon á que no existe otra, la define diciendo que es la tristeza del bien ageno, ó lo que es lo mismo, el pesar que se apodera de nuestro espíritu al considerar el bien que disfrutan nuestros semejantes, el cual quisiéramos arrebatarnos á costa de todos los sacrificios, incluso el de nuestro decoro, el de nuestra dignidad, el de nuestra conciencia.

Pero como quiera que este horrible pecado no puede tener cabida mas que en las almas mezquinas y rastreras, persuadidas de su propia impotencia para

alcanzar por su mérito y valor el lugar que anhelan con tanta vehemencia, tienen que hacer uso y poner en práctica para conseguir su objeto los medios mas innobles y villanos, cuales son, el descrédito, la calumnia, y todos los más innobles y desleales, únicos que les sugiere la cobardía de su podrido corazón.

Para un hombre de ideas levantadas, para un corazón franco y leal, para el que está poseído de un espíritu cristiano, para el que profesa y practica las leyes del honor, las ciencias, las artes, *los campos de batalla* le ofrecen un digno palenque donde poder medir sus fuerzas con el que es objeto de su noble emulación, y alcanzar por esta clase de medios el triunfo apetecido, y que le coloque á la altura que pretende ocupar.

El hombre que así obra es digno de la estimación general, aún quedando vencido en la lucha; pero el envidioso, el miserable que no se atreve á mirarnos frente á frente, el villano que valiéndose de medios tan raquíticos como su personalidad nos roe con ahinco los tacones de nuestras botas porque no alcanza á mayor altura, aquel que sólo puede comer la fruta del árbol una vez caído, ese hombre ó esos hombres son indignos de alternar con sus semejantes, son la lepra, el cáncer social, cuyo contacto mancha.

Por desgracia, la sociedad actual, impia y paganizada, abunda en todo género de deformidades morales, y una de tantas es el vicio de que nos ocupamos, quizás el más funesto y el de peores consecuencias.

Es tal el rebajamiento de caracteres producido por la mala educación que se prodiga á la juventud, que no puede me-

nos de dar por resultado los males que deploramos.

Todo el mundo se cree con las dotes necesarias para desempeñar los más elevados puestos; todos se consideran con aptitud suficiente y aun sobrada para dirigir á los demás; todo el mundo se supone con autoridad bastante para imponerse á sus semejantes creyéndose indispensable, y en el momento en que se prescinde de uno de dichos entes, que no tienen mas mérito que su incalificable soberbia, que no cuentan en su abono mas que con su nécia vanidad, al ver á otros ocupar el puesto que creen les corresponde sin mas razón que porque sí, dan cabida en su corazón á todas las malas pasiones acaudilladas por la envidia, por la miserable envidia que les causa el ajeno mérito, al que no pueden igualarse, por la tristeza que les produce el triunfo del que miran como su enemigo, con el que no pueden luchar de frente; por el pesar que les ocasiona el bienestar del que suponen su antagonista, y con el que no pueden medir las armas de buena ley que no están acostumbrados á manejar.

Cobardes en todos los terrenos, usan solo el lenguaje vil de la calumnia, cuando saben que la imperiosa ley del deber prohíbe defenderse al objeto de sus iras.

Miserables hasta la abyección, no reparan en arrastrar por el fango la sacrosanta bandera que, creyéndolos un día nobles y leales, les cobijó con sus pliegues.

Villanos como la escoria, no son capaces de inspirarse en la conducta levantada de aquellos á quienes dirijen incesantemente sus traidores dardos, y atribu-

yen á miedo su noble prudencia, siendo así que con una sola palabra podria pulverizarlos.

Pero enloquecidos por la envidia, ciegos por la soberbia, se agitan y revuelven en el cenagoso lodazal de sus malas pasiones, mientras el objeto de su encono y de sus iras, mientras que el que sirve de blanco á sus inícuos y traidores tiros, sigue su marcha tranquila y magestuosa sin mancharse jamás en el lodo de que están llenos sus detractores, á través de los espacios que se ha propuesto recorrer, pese á todos los miserables envidiosos cuyas calumnias no alcanzan mas allá de su exigua talla.

Terminamos este pequeño artículo, con las mismas palabras con que lo hemos encabezado.

Entre los vicios de que está plagada la raquítica y miserable naturaleza humana, descuella á juicio nuestro entre todos por más hediondo, más vil y más abyecto, el vicio, el pecado de la envidia.

BREVE DE S. S. LEON XIII

á sus queridos hijos Scipion, duque de Salviati, y á los demás que componen el consejo supremo de la sociedad católica italiana.

LEON, PAPA XIII.

Amados hijos, salud y apostólica bendición.

No sin gran complacencia de ánimo hemos recibido, hijo querido, la carta á la cual habias unido el programa, ya presentado en tu nombre y en el del Consejo de la Asociacion Católica de Italia á

Nuestro predecesor, de santa memoria, Pio IX, y que consiguió la merecida aprobacion del ilustre Pontífice.

Los sentimientos de absoluta reverencia que en vuestro programa se repiten respecto de la autoridad de la Iglesia; el fin de cada una de las sociedades, que solo tiende á la defensa de las cosas y derechos de nuestra santísima Religion; la empresa que acometieron de remediar los males causados á nuestra desgraciada Italia por la subvercion de los negocios públicos, y tambien de poner un dique á los designios de la impiedad y un freno á la licencia y maldad de las costumbres; y en fin, la exhortacion con que se invitan mutuamente todos los católicos á reparar tantas infamias como se cometen contra Dios, tantos daños causados á la sana y religiosa instruccion de la juventud, tantas heridas hechas á la prosperidad espiritual y civil de los pueblos; todo ciertamente es tal, que, á la vez que demuestra que es muy laudable el celo y la piedad de las asociaciones católicas italianas, lleva dulce consuelo y alivio á nuestro corazon y obtiene Nuestras espontáneas y amplisimas alabanzas, al par que Nuestra espontánea y plenísima aprobacion.

No podemos, por tanto, dejar de exhortaros ardientemente á proseguir con vigor el camino que hasta hoy habeis recorrido tan gloriosamente y con tantas ventajas para nuestra católica patria; no podemos menos de rogaros que por todos los medios os empleeis en conservar, vigorizar y acrecentar la unanimidad de todos vuestros compañeros, merced á la cual, á cada una de las mencionadas obras contribuyan concordemente las fuerzas de todos, puesto que si se dá esta base de

perfecta conformidad de voluntades, sin la cual, roto el haz de las fuerzas, serian infructuosos los esfuerzos individuales. Ciertamente son de esperar copiosas ventajas á la causa de la Religion, sea renovando vuestros Congresos, de los cuales habeis alcanzado grandes beneficios, sea oponiendo á los errores que por la imprenta se insinúan, oportunos y sanos escritos; sea atendiendo con especial esmero á todas aquellas obras enumeradas en el programa, y entre ellas, y muy particularmente, reivindicar por todos los medios legítimos y con ardorosa energia, para las escuelas de niños y niñas, el beneficio de una religiosa enseñanza, desenvolviéndolo por completo en las escuelas romanas, de las cuales, con acerbísimo dolor Nuestro y con gran peligro de las almas, ha sido arrebatado ese beneficio por decreto municipal.

Habeis, si, ántes y ahora merecido bien de la Iglesia y de la pátria; mas os recuerdo que semejante proceder solo ha sido el resultado de haber permanecido siempre vosotros unidos en la inteligencia como en el corazon á este centro de la unidad católica. Perseverad, pues, siempre, y cada vez más sumisos, no solo á los preceptos de esta Santa Sede, sino también á sus deseos y consejos; á fin de que, con la ayuda y bendicion del cielo, sean tambien en el porvenir premiadas vuestras fatigas y colmadas de mayor éxito. Nos os lo auguramos abundantísimo, y prenda de ello deseamos que sea la apostólica bendicion que, en testimonio de paternal y especial benevolencia, Nos damos cordialmente ¡oh hijos queridos! á cada uno de vosotros.

Dado en Roma, cerca de San Pedro, el

dia 3 de Junio de 1878. Año primero de Nuestro Pontificado.

Leon, PP. XIII.

DISCURSO DE SU SANTIDAD

con motivo de la audiencia concedida á los discípulos de los Seminarios Romano y Pio.

No podemos, queridísimos jóvenes, espresar con palabras la alegría y el consuelo que Nuestro corazon experimenta al veros congregados ante Nos. En efecto, como la juventud estudiosa Nos ha interesado siempre, sobre todo la que, floreciendo para esperanza de la Iglesia, se ha educado en la práctica de las virtudes cristianas y en el cultivo de las letras y de las ciencias; como además Nos hemos vivido frecuentemente, durante más de treinta años, y con no poca satisfaccion, en medio de los jóvenes del Seminario de Perusa, Nos deseábamos mucho, desde que por secreto designio de la Providencia hemos sido elevado á la Cátedra de Pedro, veros tan cerca de Nos y dirigiros paternales palabras, á vosotros, que sois las plantaciones jóvenes de la Iglesia, la semilla selecta del sacerdocio.

Discipulos de los Seminarios Romano y Pio, que han sido fundados por la generosidad de los Pontifices; que llevan el nombre de Seminarios Pontificios y gozan de la proteccion pontificia, os habeis reunido aquí, llevando á la cabeza al ilustre Cardenal vicario, á vuestros directores y profesores, para dar una prueba de filial adhesion á Nuestra persona y

á la Cátedra de Pedro. Por todo esto, la presencia de ambos Seminarios aquí Nos es muy agradable.

No podemos menos de distinguiros con paternal benevolencia, ministros del Seminario Romano, raza generosa de tantos hombres ilustres que en todas épocas salieron de vuestras filas ennoblecendo la Ciudad Santa; á vosotros, grata esperanza del clero romano y vivero siempre floreciente. Añadid á esto que el recuerdo del tiempo pasado Nos une á vosotros de un modo especial.

No Nos hemos olvidado que muchos miembros de Nuestra familia, sobre todo en el último siglo, han vivido y sido educados en vuestro Seminario, y no podemos pensar sin verter lágrimas en Nuestro muy querido hermano Fernando, jóven, de excelente carácter, discípulo de vuestro Seminario, y á quien Nos robó la muerte, bajo el pontificado de Pio VIII, cuando no tenia mas que quince años, y cuyos restos descansan en la capilla de la Santísima Virgen, bajo el altar mismo.

Plácenos tambien traer á la memoria los venturosos tiempos en que, con ocasion de los nobles combates del espíritu y del estudio entre el Ateneo romano y el Ateneo gregoriano, en la primera juventud Nos íbamos con frecuencia á vuestro Seminario, para tomar parte en las cuestiones que valientemente sostenian los discípulos elegidos al efecto.

No menos amor os profesamos á vosotros, discípulos del Seminario Pio, traídos con sábio acuerdo á Roma de todas las ciudades de los Estados Pontificios por nuestro predecesor Pio IX, para que, formados en la piedad y en la ciencia en este mismo centro de la Iglesia católica,

volviéseis á vuestras diócesis llevando 1ª semilla de las sanas doctrinas y la fragancia de las virtudes. Obra verdaderamente admirable, que proveyendo á las necesidades presentes de cada iglesia en particular, y contribuyendo sobre todo á aumentar el bien y la gloria de esas mismas iglesias, aumentará la aureola que circunda el nombre de Pio IX, puesto que en el poco tiempo que lleva este Seminario de existencia, se han recogido grandes beneficios y frutos saludables de que se han aprovechado no poco las diócesis.

Animado por una especial benevolencia hácia uno y otro Seminario, á todos vosotros van dirigidas Nuestras palabras, excelentes jóvenes, deseando ardientemente y pidiendo con instancia que vuestra educacion sea cabal y perfecta, y brille como un ejemplo. Eso, en efecto, reclama la alta dignidad de los ministros sagrados; así lo exigen el nombre y el honor del clero romano, y la triste condicion de los tiempos actuales, en que una masa enorme de errores y el contagio pestilente de corrupcion tantos estragos causan por todas partes.

Es preciso, pues, por de pronto, trabajar á fin de que las almas se formen desde el principio en la piedad y que practiquen la virtud, continuando, al llegar á la adolescencia, este género de vida, que ha de darles la aptitud necesaria para realizar los santos deberes del sacerdocio.

Despues, como los ministros de la Iglesia tienen necesidad de adquirir, más que nunca tal vez, un profundo conocimiento de las letras y un caudal abundante de ciencia, lo mismo sagrada que profana,

es de todo punto necesario que los jóvenes destinados á los Seminarios, siguiendo el ejemplo y las huellas de los mejores escritores, cultiven su espíritu con el estudio de las letras humanas, adquiriendo buen estilo para hablar y escribir.

Es preciso también que os dediquéis con asiduidad al estudio de la filosofía, que constituye la base y la pauta de las otras ciencias; es preciso que la aprendáis conforme al excelente modelo y seguros principios que los ilustres maestros de la sabiduría cristiana, y principalmente el doctor Angélico, han seguido, dejándoselos como ejemplo á la posteridad.

Es preciso, en fin, que, empapándoos en las doctrinas teológicas y en la ciencia del derecho, os proveáis de armas irresistibles para demostrar las verdades de la fé católica, defender los errores en la forma y del modo conveniente.

Nos abrigamos la confianza de que todo esto lo conseguireis fácilmente, gracias á la docilidad de vuestro espíritu y á vuestra especial sumisión respecto á la autoridad pontificia; abrigamos esta confianza, sobre todo, sabiendo que vos, ilustre Cardenal, quien en concepto de Vicario Nuestro dirigís ambos seminarios, trabajáis con ardor en fomentar y desarrollar la excelente educación de la juventud.

Además, exhortamos muy de veras á cada uno de los directores y profesores en particular, con objeto de que, reuniendo sus fuerzas y sus luces, conduzcan al fin apetecido la educación de esta selecta juventud, y esto para apoyo y defensa de la Religión, para enaltecimiento del clero romano y para el progreso de las letras y de las ciencias.

Hé aquí, queridísimos jóvenes, las palabras que Nos deseábamos dirigiros. Y ahora, como garantía de las divinas recompensas, como testimonio de Nuestro paternal amor hácia vosotros, de todo Nuestro corazón otorgamos la apostólica bendición á todos y á cada uno de vosotros en particular, lo mismo á los directores que á los profesores y á los discípulos.

Benedictio Dei, etc.

Á DIOS.

ODA.

Á ti, Dios de bondad, Dios sacrosanto,
Cuya potente voz creó este mundo,
Á dedicarte voy mi humilde canto
Con respeto, Señor, grande y profundo.
¿Qué haré para cantar tu poder santo
Si al ver tu excelsitud yo me confundo,
Si siento que mi voz ¡ay de mí! espira
Y se niega á sonar mi ronca lira?
Mi acento á escuchar vas ¡oh rey del cielo!
Dó en trono de marfil estás sentado,
Donde con magestad riges el suelo
Y por ángeles mil estás guardado.
Mas te ruego, Señor, con sumo anhelo,
Que por tu voluntad quede inspirado
Para poder cantar con gran firmeza
Tu gloria, tu bondad y tu grandeza.
.....
.....
Inmenso es tu poder, Dios bueno y justo,
É inmensa es tu piedad hácia la tierra;
Solo amor y virtud ¡oh Dios augustol
Y solo perfección tu pecho encierra.
Al ver mi pequeñez, Señor, me asusto,

Tu inmensa potestad á mi me aterra,
Tu justicia, saber, y aunque no nombro
Tus grandezas sin fin que dán asombro:
Tú sacaste las aguas de la nada,
Tú creaste el sol, la luna, el suelo,
Y al hombre, en tu elocuencia ilimitada,
Le ofreciste en premio darle el cielo.
Amarte con pasión noble y sagrada
Debiera ser nuestro constante anhelo;
Mas la senda del bien pronto dejamos
Y en la senda del mal nos internamos.
Tú no tienes futuro ni pasado,
Y por tu gran poder indefinido
A todos la existencia nos has dado
Sin haberla de nadie recibido.
Tú estás con Jesucristo, tu hijo amado,
Y al Espíritu-Santo tan unido,
Que formais, aunque tres, una esencia
Que la Iglesia cual dogma nos pregona.
Tú diste al mar sus rizos azulados
Que mecen cual juguetes los vapores,
En cuyo seno encuéntranse guardados
Brillantes de fantásticos colores:
Tú creaste los montes escarpados
Do se encierran metales de valores,
Y del caos sacastes la natura
Acabado modelo de hermosura.
Tú has dotado á los hombres de talentos
Con que fabrican cosas admirables,
Y la luz para hacer descubrimientos
Grandiosos, en verdad, é inapreciables.
Han vencido los fuertes elementos
Por medio de sus génius indomables
Y la electricidad, vapor é imprenta
Atestiguan mi voz, de engaño exenta.
Tú al orador Demóstenes le diste
Igual que á Ciceron, gran elocuencia.
Y á Homero y á Virgilio concediste
Hablar con sentimiento, amor y ciencia.
Tú al bélico Leónidas pusiste
Un corazón leal, recta conciencia,

Y á Sócrates, filósofo profundo,
Sabiduría tal que asombra al mundo.
¿Quién sinó tú, Señor, guió la mano
Al elevar la cúpula arrogante
Del magnífico templo Vaticano,
Al gran Angel Miguel, genio gigante?
¿Quién sinó tú, repito, dió al Ticiano
Para pintar tan bien númen bastante?
Y ¿por quién hizo imágenes Murillo
Que al contemplarlas yo me maravillo?
¿Quién inspiró sus notas á Bellini,
A cuyos ecos el alma se dilata;
Y ¿quién al gran Mozart y al gran Rosini
Que hacen que el corazón suspenso lata?
¿Quién dictó al violin de Paganini
La dulce melodía que arrebatá,
Que al escucharla el hombre se engran-
Y de emoción y júbilo estremece? (dece
¿Quién hizo que los mártires, gustosos
Sufrieran con placer y fortaleza,
Tormentos indecibles y horrorosos,
Sino tu gran amor y tu grandeza?
¿Quién hace sino Tú, que muy ansiosos
Tus doctrinas enseñen con apteza
Ilustres misioneros á salvajes,
Sufriendo resignados sus ultrajes?...
Tú pintaste el cielo anacarado,
Tú diste los aromas á las flores
Y á las aves parleras has criado
Con finos y bellisimos colores.
De dulce melodía Tú has bañado
El canto de los lindos ruiseñores,
Y para el hijo amor has dado al padre,
Como cariño heróico á la madre.
Tú diste á los bellos pajarillos
Instinto, por el cual, la madre amante
Les pone con amor en sus piquillos
La comida que cree ella bastante,
Y al perro, que de algunos pastorcillos,
Defiende los rebaños anhelante;
Y á los hombres pusiste una conciencia

Que manchan cuando pierden su inocencia.
 Inmenso es tu poder, Dios bueno y justo,
 Inmensa es tu piedad hácia la tierra,
 Solo amor y virtud, ¡oh Dios augusto!
 Y solo perfeccion tu pecho encierra.

Al ver mi pequeñez, Señor, me asusto,
 Viendo tu potestad que á mi me aterra,
 Tu justicia, saber, y aunque no nombro
 Tus grandezas sin fin que dan asombro.
 ¡Desdichado de aquel que en su demencia
 Con orgullo insensato y despreciable
 Se atreve hasta negar ¡ay! tu existencia
 Impio, blasfemando el miserable
 Con fanatismo una creencia
 Compuesta de mentiras execrables!...
 ¡Oh misero infeliz! ¿por qué ha existido?
 ¿No le valiera más no haber nacido?

.....

Yo te veo, Señor, en las montañas,
 En la profundidad del Océano
 Y en las anchas y cóncavas entrañas
 Del monte que de siglos está anciano.
 En las pobres y rústicas cabañas,
 En el templo católico romano,
 Como en la oscuridad de la maleza
 Y en la bella y feliz naturaleza.
 Yo te veo en la flor hermosa y pura
 Teñida de vivísimos colores,
 Que llena de placer y de ventura
 Al hombre cuando aspira sus olores.
 En la preciosa y bella arquitectura
 De palacios de mágicos valores,
 Y en la llama que triste y vacilante
 Del encendido hogar arde inconstante.
 Yo te veo, Señor, en la sagrada
 Hostia, más blanca y pura que el armiño,
 Que al ser por tus Ministros consagrada,

Tu cuerpo augusto guarda con cariño;
 En la noche serena y coronada
 De estrellas sábiamente colocadas;
 Y te veo, por fin, cuando amanece,
 Y cuando se va el sol y se oscurece.
 ¡Hombres ciegos que errantes y sin tino,
 Sin comprender á dónde vais siquiera,
 Os dirigis por un falso camino
 Creyéndolo del bien ¡loca quimera!
 Que decis tanto y tanto desatino
 Y negais la existencia manifiesta
 De Dios Nuestro Señor, estad temblando
 La verdad de mis labios escuchando:
 ¡Desdichado de aquel que en su demencia,
 Con orgullo insensato y despreciable,
 Se atreve hasta negar ¡ay! tu existencia
 Impio, blasfemando el miserable
 Con fanatismo una creencia
 Compuesta de mentiras execrables!
 ¡Oh misero infeliz! ¿por qué ha existido?
 ¿No le valiera más no haber nacido?

.....

José Fita y Palanca.

CRÓNICA RELIGIOSA.

Los periódicos católicos de Roma *La Voce della Verità* y el *Osservatore Romano* publican lo siguiente con el título de *El hambre en las Indias y en la China y la Congregacion de Propaganda:*
 «Desde que llegaron á Europa las primeras noticias de que un hambre horrible afligia á algunas provincias de las Indias Orientales, especialmente de la presidencia de Madras, la Sagrada Congregacion de Propaganda se apresuró á en-

viar á los Vicarios apostólicos de aquellos países una subvención extraordinaria que, distribuida por mano de los misioneros, por más que fuese una gota de agua en un vasto desierto, debía llevar algún alivio á las víctimas de aquel azote. Esta subvención aún fué repetida más tarde, contando también con el concurso de algunos bienhechores, que quisieron tomar parte en una obra tan caritativa. Ya hemos dado en nuestro periódico un resumen de las cifras enviadas (25,000 francos por la primera vez y 20,000 libras por la segunda); y los socorros suministrados produjeron el éxito que era de esperar, especialmente con la conversión de muchos paganos á la Religión católica.

» Mas si el hambre comenzó á disminuir en intensidad desde el mes de Setiembre del año último, los tristes efectos de la misma, además de la gran mortalidad, fueron muchos y son todavía muy sensibles.

» Una comunidad de religiosas ha recogido más de seis mil niños y se priva ~~casí del sustento necesario,~~ para poder alimentarlos.

» Lo más doloroso es que de las Indias el azote pasó á algunas regiones de la China con mayor violencia y en terreno más vasto, de manera que tienen que sufrir la seiscientos y más millones de habitantes. Las relaciones que recibe la Propaganda de los Vicarios apostólicos y aún de algún simple misionero, son de lo más conmovedor y triste, pues que traen noticias de horribles escenas de víctimas humanas, especialmente de los niños que son pasto de los hambrientos, aún de sus mismos padres. Por otra parte, turbas

de esqueletos más bien que no de personas humanas, rodean de día y de noche las pobres viviendas de los Vicarios apostólicos, pidiendo algún alimento, pues no tienen ni yerbas que pacer en los campos, ni hojas ni cortezas de árboles que roer en los bosques. Es, pues, muy natural que los miseros paganos abandonados de todo el mundo pidan ser admitidos al bautismo, movidos especialmente de la solicitud con que los misioneros asisten á las familias de los fieles. Pero el misionero está también escaso de medios, y si no tiene para sí, ¿cómo podrá tener para dar á los demás? Muchos son los convertidos, y todos tienen hasta ahora un modesto subsidio cotidiano para vivir; pero serían más todavía si el misionero tuviera recursos para poder alimentar á todos é instruirlos y asegurarse de su sinceridad y constancia en la fé. Debería, pues, socorrérseles para que no se vuelvan á la idolatría si se les deja abandonados á sí mismos, y no mueran en un desolador abandono. Más ¿cómo proveer á tantas necesidades?

Profundamente conmovida la Sagrada Congregación por este estado miserable de los vicariatos chinos heridos por tan cruel azote, á pesar de las graves escaseces por que atraviesa, reuniendo sus disminuidos recursos, aprovechando hasta las probabilidades, firme y confiada en su misión, ha enviado há poco más de un mes á los vicarios apostólicos de aquellas regiones una suma de cincuenta mil libras, repartiéndosela en proporción á la mayor ó menor necesidad en que se encuentran. Aún algún simple misionero que ha hecho sacrificios para dar de comer á los necesitados, ha reci-

bido también directamente algún socorro. Para el mismo objeto han sido remitidas unas 2.400 liras por la Propaganda; á monseñor Jouvier, Vicario apostólico de Abisinia. Son, pues, cerca de 100.000 liras las enviadas por la Sagrada Congregación en ménos de ocho meses para el auxilio de tantas criaturas humanas que sufren por causa del hambre en la India y en la China, sin dejar por esto de retardar un momento el cuidado de las demás misiones que tiene á su cargo en todo el mundo. Hé aquí para lo que sirven y cuán bien se emplean los bienes dejados por piadosos bienhechores á la Sagrada Congregación de Propaganda.»

VARIETADES.

CON MOTIVO

del proyectado impio Centenario del infame Voltaire.

SONETO.

¿Por qué en vez de execrar la vil memoria
De Voltaire el impio temerario
Quieres ¡oh Francia! en triste Centenario
Su eterna infamia convertir en gloria?
El deshonró tu esclarecida historia,
Y de la pátria, pérfido contrario,
Aduló por perderla á su adversario,
Y al pueblo despreció cual vana escoria.
El renegó de tí, y aun no contento,
Contra tú Dios soberbio se levanta,
Y ageno á todo noble sentimiento
Infama al hombre y á la Iglesia santa,

Y único bufon con loco intento
Alegrando á Satán la impiedad canta;
Si el malo al monstruo infame lisonjea,
El bueno grita: ¡Maldecido seat!

Benito Altet y Ruata.

CON MOTIVO

de la noble protesta de Francia contra el anti-católico Centenario del impio Voltaire.

SONETO.

Por fin la hermosa Francia noble y pia
Por boca de un celoso gran Prelado,
Contra el vil Centenario ha protestado
Que intentó celebrar la gente impia,
Y llenando á los buenos de alegría
Ante el mundo su honor ha vindicado,
Y de Satán los planes ha frustrado
Que iracundo infamarla pretendia.

Lástima grande que ante el vulgo nécio,
Y aunque en breve recinto, se alabara
Al que merece universal desprecio!
Mas no que á indignas tablas se sacara
Y de su impia farsa en triste precio
Al cinico bufon se coronara;

Que laureando de Voltaire la frente
Aún se ha hecho su infamia mas patente.

Benito Altet y Ruata.

FÁBULA.

El fruto de la impotencia.

Secábase un almendro
Y fruto ya no daba;

Cierto día pensó de esta manera:
«Morir estérilmente
»Es indigno de mí; vergüenza fuera.
»Asómbrese la gente
»Al ver mi último fruto;
»Á la tierra daré nuevo tributo,
»Y pues es el postrero,
»De grandioso tamaño darle quiero.»

Dió el almendro una almendra;
Pero ya tan sin fuerzas se encontraba,
Tan aprisa el almendro se secaba,
Que la almendra salió toda vacía
Y la menospreciaba
La gente, y se reía.

Si en crear una obra
Se empeña un desdichado
Falto de inspiracion y de talento,
No extrañe que en el mundo
El fruto de su tardo pensamiento,
Á los ojos de todo el que lo vea,
La última almendra del almendro sea.

Antonio Campos y Carreras.

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial, á las nueve, misa conventual.

En Santa María, á las ocho y media, misa mayor.

En la Misericordia, á las nueve, misa solemne con orquesta y sermon que predicará el Dr. D. Juan Antonio Polo, cura de la misma, en honor á Jesus Sacramentado. Por la tarde, á las seis, sal-

drá la procesion del Corpus de dicha iglesia.

Martes.—En las Agustinas, á las siete, misa de renovacion, y por la tarde, trisagio.

Jueves.—En las Capuchinas, á las seis, misa de renovacion, y por la tarde, trisagio.

En la Colegial, á las siete y media, y en Santa María á las ocho y media, misa de renovacion.

ADVERTENCIA.

Terminado el primer semestre del corriente año, hemos entregado los recibos de todos los suscritores de esta provincia que están en descubierto, para que se sirvan satisfacerlos á su presentacion, suplicándoles que no dejen de hacerlos efectivos para evitar los perjuicios que irrogarian á esta administracion, si dejasen de abonar su importe.

Rogamos á los Sres. Suscritores de fuera de la provincia se sirvan remesar el importe de dicho semestre por medio de libranzas del giro mútuo, porque no nos es fácil expedir los recibos como lo hacemos con los de esta provincia.